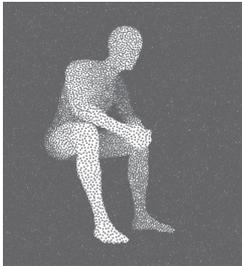


Consideraciones sobre la crisis

*Por Jorge Giraldo Ramírez**



* Doctor en Filosofía de la Universidad de Antioquia y Profesor Emérito de la Universidad EAFIT.
Correo: jorgegiraldo@eafit.edu.co

Primera

La crisis global de 2020 se desató por un fenómeno sanitario previsto –según fuentes diversas, institucionales y científicas– y se convirtió en una crisis económica y, en muchos países, en una crisis social. A ese carácter múltiple debe complementársele el rasgo de ser, probablemente, acumulativa. En efecto, el siglo XXI –siguiendo la convención establecida por Eric Hobsbawm– ha sido, hasta ahora, un siglo crítico: tres crisis económicas en menos de cinco lustros (1997, 2008, 2020), tres crisis sanitarias globales (2006, 2015, 2020), una crisis crónica de seguridad global desatada desde el 11 de septiembre de 2001, la mayor explosión migratoria de los últimos cincuenta años, el calentamiento global.

De este modo, la situación en grandes porciones del globo se ha vuelto excepcional y así ha sido tratada por los distintos regímenes políticos: ley marcial, emergencia económica, competencias especiales para el poder ejecutivo, omnipotencia latente de la policía. La normalidad jurídica ha sido trastornada y los ciudadanos de todo el mundo están siendo conminados a ceder sus libertades y derechos en aras de salvar bancos y grandes empresas, salvaguardar la seguridad

pública o personal, proteger su salud, etc. Como lo anunció un grafiti en Hong Kong, la normalidad mundial del siglo XXI ya era problemática; la crisis de 2020 simplemente la hizo inocultable.

Segunda

La crisis actual está siendo leída en diversas claves: como una crisis de la globalización, como crisis del capitalismo, como crisis del liberalismo, como crisis de la civilización, de la civilización occidental, ilustrada y cristiana. Algunos de estos síntomas podrían ser explicativos, otros más bien derivados.

En principio, parece claro que una forma particular de ensamblaje entre el capitalismo financiero, la democracia de masas y la cultura hedonista contemporánea se está yendo a pique. Estos tres elementos tienen en común –entre otras cosas– la visión de corto plazo: rendimientos altos, ciertos y rápidos; gobiernos personalistas destinados a satisfacer a las masas para garantizar la continuación de una carrera política o de otro periodo; consumo veloz, superfluo, obsesión por el estatus simbólico.

Una aclaración, por vía negativa, parece necesaria para caracterizar el deterioro de este ensamblaje. No se trata de cualquier capitalismo, se trata de la versión más utilitaria que liberal, más financiera que industrial, más especulativa y rentista que productiva. No se trata de la democracia como gobierno mixto –republicano, en los términos del siglo XVIII–, sino de

la democracia autoritaria, poco competitiva, que desborda el equilibrio de poderes y se resuelve en la conjunción de hegemonía plutocrática u oligárquica y satisfacción simbólica del populacho, para usar la expresión técnica de Hannah Arendt.

Tercera

En un nivel más profundo se trata de una crisis de los principios ilustrados, tal y como los elaboró Immanuel Kant. El pensamiento de Kant terminó moldeando el mundo occidental de la segunda posguerra: el esfuerzo por establecer instituciones supraestatales, reglas universales pivotadas en la idea de la dignidad humana, primacía del derecho sobre la política, visión blanda pero ineluctable del progreso. El año 1989 pareció ser el broche de oro para asegurar la nueva época mundial; muchos estadistas (Bush I), filósofos (Habermas), politólogos (Doyle) cedieron a ese entusiasmo. La apoteosis duró poco y sus averías (por ejemplo la guerra de los Balcanes) fueron minimizadas.

No se trata de la herencia ilustrada, en general. Se trata de aquella ilustración –la continental, en el léxico especializado– que radicalizó los aspectos racionalistas, individualistas, materialistas y progresistas. Un racionalismo que pretendió emascarar los elementos afectivos y pasionales de la vida humana; que soslayó la importancia del arraigo cultural, comunitario y nacional de las personas; que procuró arrinconar las expresiones espirituales, organizadas o no en iglesias; y que presumió que

el declive de la especie humana, de sus formas de organización social, era imposible. En el trecho epocal que transitamos está claro que la afectividad, la comunidad, la espiritualidad y el decrecimiento son rasgos de la vida individual y colectiva; y que no nos los deben, no pueden, ser amputados.

Cuarta

Esta herencia se codificó hasta el paroxismo y creó un marco mental para el desarrollo de las actividades de los grandes conglomerados humanos, caracterizado por la normalización, la matematización y la especialización.

El mundo se normalizó; no fue solo el triunfo del derecho positivo sobre el derecho natural o los criterios locales de justicia o de la constitución política como acuerdo supracultural de la sociedad. La norma se propagó como mecanismo de homogeneización y de control. El léxico contemporáneo se plagó de sinónimos de la norma: regulación, parametrización, estándares, protocolos (por ejemplo, hay más de veinte mil normas creadas solo por la International Organization for Standardization, ISO, que terminó convertida en uno de los centros del poder blando mundial). El mundo se hizo sistema y, con ello, como anotó Canetti, se hizo despiadado.

No bastó que la norma fuera operativa, escueta, unívoca. Se convirtió en norma matemática; la contabilidad pasó a irrigar todos los campos de la vida social. Si algún asunto no fuera medible, matematizable, se consideraría inexistente.

La matematización hace que el control sea más tosco; no importan los hechos, solo los números; no hay realidad fuera de la hoja de tres columnas. La matematización estadística fijó el dominio del promedio, la mediana y la moda; desaparecieron los números pequeños, las individualidades y las colas, la diversidad.

Detrás de los números, vinieron las clasificaciones ordinales. El mundo sujeto a una tabla de clasificación, como las que existen en los deportes. La definición del orden se hizo equivalente al éxito; la excelencia y la virtud resultaron avasalladas por el ranquin. Contables, estadísticos, modeladores matemáticos, administradores, todos se convirtieron en los sacerdotes y profetas del nuevo orden. Los hechos se redujeron a datos y los datos a números, pero nada demanda más premisas y exámenes que un número. De antiguo se sabe que toda cifra necesita ser descifrada; en nuestro tiempo se le adora sin entenderla.

La especialización –técnica, compartimentada, incontestable, desvinculada del propósito social– pasó a dominar el campo del saber y relegó al rincón las miradas interpretativas, comprensivas, imaginativas, generales; así también, la filosofía práctica (ética y política), la sociología, la narrativa. Buena parte del trabajo filosófico sucumbió a discursos deductivos, ideales, formales, y buena parte de los humanistas se olvidaron de los seres humanos concretos. Los especialistas siguieron la senda estúpida de Samuel T. Cohen (1921-2010), el inventor de la bomba de neutrones, el artefacto que solo mataba la vida y no destruía los bienes inertes. La bomba, dijo, era la máquina

“más sana y moral jamás diseñada porque, cuando la guerra termine, el mundo seguirá intacto” (el virus tampoco mata a las máquinas). Cada especialista conoce el mundo, como el proverbial sapo en el pozo. Se dijo que habían desaparecido los grandes relatos, sin lamento, casi con satisfacción.

Quinta

El dominio de la normalización, la matematización y la especialización ha creado una ceguera respecto a la excepción, la improbabilidad, la mirada panorámica del mundo. La pandemia lo puso en evidencia: fue advertida por intelectuales no especializados (Laurie Garret, 1994; Martin Rees, 2009), instituciones nacionales (Instituto de Medicina de los Estados Unidos, 2004), líderes sociales (Bill Gates, 2015), organizaciones globales (Junta de Vigilancia Mundial de la Preparación, 2019).

La lista puede repetirse para cada una de las crisis enumeradas en la primera consideración. Cada crisis fue presentada por los dirigentes como si fueran rayos en cielos serenos; pero no lo eran. Durante los días calmos, los artistas (Atwood, Dick, Miller, McCarthy) e intelectuales (Judt, Han, Sloterdijk, Young) que recurrieron a la distopía o al pesimismo fueron vistos como aves de mal agüero, apocalípticos. Los apologistas del orden contemporáneo olvidaron dos cosas esenciales, una material y otra moral. La material: el bienestar en las sociedades contemporáneas es muy inferior a

las capacidades logradas por la civilización; la moral: solo desde la advertencia del peligro pueden construirse proyecto y esperanza.

La heterodoxia, la ambigüedad, la espontaneidad, la contingencia, la improbabilidad, la incertidumbre han sido des-
terradas. Con ellas, la racionalidad práctica (*phrónesis*) como
ejercicio del deseo razonado (*proaíeresis*); la consideración
(*consideratione*), la intuición, la imaginación, la inquietud
(*sollicitudo*).

Sexta

La unificación de la lectura numérica, regular, binaria del mundo convergió con la unificación del poder. El esfuerzo liberal y moderno de separar los poderes de la política, de la economía y de las ideas tuvo su agonía en el último tercio del siglo xx. La política se llenó de plutócratas, los políticos se enriquecieron capturando las rentas del Estado, los ricos compraron los medios tradicionales de comunicación y usufructúan el *big data* de los medios sociales virtuales. Un pequeño segmento de la población mundial –que algunos manifestantes callejeros identificaron con el 1% (otro número)– pasó a controlar casi todo el poder. No es gratuito que el presidente del país más poderoso del mundo sea multimillonario, campeón de Twitter y haya sido estrella de *reality show*.

La unificación del poder real tiene un programa definido que se caracteriza por la búsqueda de la maximización racional

del beneficio, concepto contemporáneo que puede identificarse con los viejos vicios de la codicia y la avaricia. Ganancia máxima, satisfacción instantánea, consumo compulsivo han sido sus divisas. Como dijo Marx, todas las relaciones humanas resultaron atravesadas por el frío pago al contado.

Séptima

La forma en que se afrontan las crisis traza las líneas maestras del periodo siguiente. La crisis de 1997 sembró la doctrina según la cual había que salvar los bancos (ellos son la base de la confianza, se ha dicho), nada de competencia abierta ni destrucción creativa; la crisis del 2001 sembró la primacía securitaria, despertó la xenofobia e hizo cómodo deshacer las libertades; la invasión a Irak quebró el espinazo del sistema institucional de Naciones Unidas; las políticas de austeridad desataron la ira de los migrantes en París, produjeron Occupy Wall Street y llevaron las aguas al molino populista.

La respuesta global a la pandemia de 2020 parece marcar el camino de los años venideros con un refuerzo de la soberanía nacional (los muros legales se multiplicarán), del proteccionismo económico, del régimen de excepción, del recorte a las libertades, un aumento de la desigualdad originado en el choque darwiniano de la cuarentena (solo sobreviven los más fuertes), la cibervigilancia se hará oficial, la técnica se hará más insolente, la brecha digital hundirá más a los excluidos, y la defensa de la vida –que no importó en la guerra ni en la

hambruna ni en los derechos reproductivos— será una excusa difícil de vencer. Nada indica que el mundo que viene después de la cuarentena vaya a ser mejor que el anterior.

No son novedades, solo la profundización de soluciones indicadas en las últimas décadas. Y si ya era improbable llevar una vida moral bajo el modo de vida imperante, ahora también lo será llevar una vida ilustrada, es decir, razonable, libre y solidaria.

Octava

Los seres humanos debemos recuperar lo que verdaderamente importa. La crisis acumulativa global de los veinticinco años recientes ha demostrado la incompatibilidad entre la noción contemporánea de lo bueno numérico (PIB, PyG, Dow Jones) y abstracto (humanidad, raza, país), y el bien definido en términos cualitativos (salud, educación, cultura) y concretos (persona, familia, comunidad). Entre lo bueno definido por tecnócratas y autócratas (todos ellos elegidos mediante el voto) y el bien definido entre las personas y los grupos interesados.

Los seres humanos debemos recuperar los compromisos incondicionales con los bienes identificados en la tradición clásica, secular o religiosa. Los únicos compromisos incondicionales de la sociedad contemporánea se remiten a la estética macroeconómica y al interés del Estado; todos los demás (vida, libertad, igualdad, bienestar) se ponen en segundo o tercer orden.

John M. Keynes dijo que “una vez que nos permitimos desobedecer la prueba de beneficios de un contador, hemos empezado a cambiar nuestra civilización”. Si es cierto que necesitamos un cambio de civilización debemos subvertir la contabilidad hegemónica, su forma de contar. Pero también su léxico (éxito, felicidad, beneficio). Mostrar que los verdaderos valores no son los de la bolsa.

Novena

Todas las advertencias que se nos han hecho debieran ayudarnos a establecer nuestro horizonte.

No hay horizonte temporal razonable que se extienda más allá del término de una generación, a lo sumo de una vida humana. Existe la obligación moral de actuar. El presente extendido, el porvenir como lo que está a la mano, tiene que constituir el arco de tiempo en el que debemos hacer que pasen cosas diferentes y notables.

No hay horizonte físico más allá de la comunidad. Ni los Estados nacionales ni los organismos supraestatales lo harán; la confianza en ellos es una excusa para la inacción propia. Cada persona, cada familia, cada comunidad educativa, cada corporación cimentada en el trabajo grupal deberán construir las nuevas formas de relacionamiento, cooperación y protección de sus miembros. Ello supone –como decía Italo Calvino– quitarle espacio al infierno.

Hoy más que nunca hay que hacer conciencia de nuestra finitud. Cultivar esa conciencia exigirá muchas desconexiones. Desconectarse nos dará más posibilidades de autonomía y dará más poder a nuestras manos.

Ante la vulnerabilidad y la fragilidad manifiesta de los seres humanos –manifiesta ahora con una pandemia que azotó primero a los países desarrollados (y a las regiones más desarrolladas de ellos) y que no reconoció clase social– hay que generalizar una ética basada en la consideración, la responsabilidad, el cuidado. La consideración igual de cada persona demanda reflexión y contemplación; la responsabilidad demanda afecto y personalización; el cuidado demanda lentitud y compasión.

